

Desde Washington

## Centro del Supremo Gobierno

POR LORENZO MEYER

**L**A semana pasada tuve que regresar por un par de días a la capital de México. Volví a experimentar entonces la misma sensación que se apodera de mí desde hace 15 años cuando retorno a la ciudad donde nací y donde he pasado la mayor parte de mi vida: una mezcla de horror, humillación y rabia ante el brutal deterioro físico y espiritual de la que varias veces en su historia fue una gran urbe: la muy noble y muy leal ciudad de México, a la que desde hace mucho tiempo sus conquistadores le han impedido ejercer el derecho de gobernarse a sí misma a cambio del dudoso privilegio de ser la sede del supremo gobierno.

La fealdad de la ciudad de México no sólo es ofensiva, sino que también es totalitaria: está en todas partes, en los edificios y en el aire, en las calles y en sus transportes. Cuando no hay lluvia ni viento, hasta en la misma luz del sol que se ensucia y corrompe. El deterioro de la calidad de la vida afecta a todos: a los pobres, a los ricos y a los de medio pelo. Del aire envenenado no escapan ni los corredores de palacio.

★

**A**nadie que vive en México le puede extrañar que la degradación de nuestro paisaje urbano haya contaminado el espíritu mismo de los habitantes de la capital. La lucha por sobrevivir al caos ciudadano se ha agravado por una crisis económica de la que ya sólo se salvan sectores reducidos de las clases altas —entre ellos, la gran burguesía política— y uno de sus resultados es un medio hostil al pensamiento noble, la acción desinteresada, la expresión de solidaridad.

Todos sufren la vida de la ciudad de México, pero sobre todo y como siempre, los pobres se llevan la peor parte. En más de un punto la calidad de su vida se asemeja notablemente a la que prevalece en las prisiones o en los campos de concentración.

Que quede claro que por ningún momento pretendo tomar como punto de partida para estas reflexiones la vida en otras capitales del mundo. Sería absurdo además de injusto comparar a la ciudad de México con Washington, París o Londres. La única comparación válida es con lo que nuestra capital pudo ser pese a las limitaciones del subdesarrollo y los recursos.

Para salvarse en el siglo XX, la capital de México contaba con algo más que la naturaleza privilegiada del valle en que se aposentó. Contaba con el conocimiento que desde hace por lo menos 40 años proporcionan las ciencias de la economía, la demografía o el urbanis-

mo entre otras. No era tarea de titanes haber predicho entonces a dónde nos podrían llevar las tendencias demográficas y migratorias, el deterioro de la agricultura y de la vida rural, la concentración de la industria y la burocracia, etc., con lo que nuestra ciudad no contó desde entonces fue con una clase política a la altura del desafío. Sus gobernantes, en vez de una filosofía "de servicio", mostraron que todo lo que poseían era una filosofía de supermercado, es decir de autoservicio.

★

**E**S desmoralizador pero cierto: el supremo gobierno casi siempre ha entregado el gobierno de nuestra gran capital como botín. Por ello la ciudad de México ha quedado con sorprendente regularidad no en las manos de los más capaces sino de los más rapaces o, en el mejor de los casos, de los simplemente incapaces. Nuestros gobernadores primero y regentes después han encontrado casi siempre más fácil y reductible decir sí que no a fraccionadores y contratistas, más conveniente tolerar a una policía corrupta e ineficiente pero dócil y barata que obligarla a cumplir con su deber y darle los medios para ello, más ventajoso favorecer un sistema de transporte individual pero

contaminante e ineficaz a otro colectivo y limpio. La burocracia de Pemex pudo, a la vez, dejar que se perdieran millones de dólares en equipo en puertos extranjeros y construirse un edificio fantástico —totalmente importado—, en medio de una ciudad que ya no necesita de tales edificios, pero aun no ha podido sacar una refinería contaminante del centro de la capital. Ni Pemex ni ninguna otra de las burocracias descentralizadas ha tenido el buen tino de reinstalar a sus muy bien pagados funcionarios fuera de la capital en áreas más cercanas a sus obligaciones.

★

**A** estas alturas, la ciudad de México parece ser un medio donde se nutre no la civilización sino la barbarie. En este desastre urbano no puedo menos que ver un reflejo bastante fiel de la naturaleza de nuestro supremo gobierno que, después de todo, es una de las fuerzas más importantes que ha determinado la naturaleza actual de nuestra capital. La fealdad, corrupción y desmoralización de la ciudad de México corresponden bien a una clase política en bancarota, sin grandeza en su maquiavelismo, y con miras tan cortas como corta es la visibilidad de la capital federal en un día sin viento ni lluvia.